



GOLONDRINAS

Hace una mañana de sol espléndido en Beauvais, Francia, donde estoy pasando unos días de vacaciones. Escribo en el jardín de la casa de mis amigos, escuchando el cacareo de las gallinas y el suave runruno de la gata Geisha, echada a mis pies. De vez en cuando, la acaricio y ella se despereza cerrando los ojos. Siento su felicidad.

Las golondrinas entran y salen del garaje, donde tienen su nido. Su historia me la contaron los habitantes de la casa, que han seguido sus movimientos con gran interés hasta el punto de cambiar la puerta, para que puedan pasar libremente. Las *hirondelles* llegaron al principio de la primavera y anidaron en el garaje. En poco tiempo asomaban cinco cabecitas con sus picos amarillos constantemente abiertos. Los padres han estado cuidando de sus crías con dedicación, pero llevan un par de días que no las alimentan tanto. Entran al garaje sin nada en el pico, se paran junto a ellas y les dan la espalda, animándolas a salir. Y las pequeñas miran con sus asombrados ojos negros, hechas una piña. Es conmovedor verlas, tan silenciosas y vulnerables. Y tan quietas.

Por fin una se aventura fuera del nido. ¡Cuidado con la gata... no vaya a caerse! Pero no, no se cae. Tiene confianza. Con su pecho de color rojo y sus alas oscuras en poco se diferencia de sus padres ... está lista para volar.

Han pasado los días y el nido ya está vacío. En una rama seca de ciruelo, hay posadas cinco golondrinas pequeñas y otras dos un poco más grandes. Me llega el olor de la tomatera al esquivar el torpe vuelo de un abejorro, impregnado del polen de una flor de calabaza. Cuando vuelvo a mirar el árbol, las golondrinas ya no están.

Atardecer.

Se abren una a una

las flores de onagra.

Dedicado a Isabel Asúnsolo y Eric Hellal

© Toñi Sánchez Verdejo (diente de león)